

LA BATALLA DE CAMPOSANTO

por FERNANDO GIL OSSORIO
Coronel de Artillería, DEM

Todo lo que existe en a concepción de exagerado y falso aparece en la guerra al momento (Clausewitz).

La batalla de Camposanto es tan frecuentemente citada como poco conocida, toda vez que la mayor parte de los historiadores se limitan a dedicarla unas líneas sin entrar en su descripción (1), habiendo alguno, incluso, que ni tan siquiera la menciona (2). Sobre su resultado no hay acuerdo. Los dos bandos se proclamaron vencedores, pese a lo cual nuestros historiadores se inclinan más a reconocer el triunfo del austriaco, llegando a lo sumo a decir que quedó indecisa (3), dando la impresión de que han concedido más crédito a Coxe (4) que a las afirmaciones de la corte madrileña. Realmente, ¿qué pasó en Camposanto? El tratar de averiguarlo constituye la finalidad de este trabajo.

La segunda guerra de Italia (5)

La muerte del emperador Carlos VI, el 20 de octubre de 1740, dio lugar a una guerra europea por la corona imperial, coyuntura rápidamente aprovechada por doña Isabel de Farnesio para procurar un trono en Italia,

(1) No conozco más descripción publicada que la muy breve incluida en el *Diccionario de Historia de España*, Madrid, 1968, t. I, pág. 653.

(2) MARTÍNEZ DE CAMPOS, *España Bélica. El siglo XVIII*, Madrid, 1965, página 133. La batalla queda esfumada en las siguientes frases: «Gages pasa el Tanaro (3 de febrero de 1743). El austriaco Traun sale en su busca y le obliga a retirarse hacia Bolonia y después a Rimini.»

(3) BALLESTEROS lo dice expresamente, *Síntesis de Historia de España*, Barcelona-Buenos Aires, 1942, pág. 390. LAFUENTE lo da a entender, *Historia General de España*, Barcelona, 1879, IV, pág. 64.

(4) COXE, *España bajo el reinado de la Casa de Borbón*, Madrid, 1846, III, páginas 163 y 164. Su juicio sobre la batalla lo concreta al hablar del «revés de Gages».

(5) En la documentación oficial del siglo XVIII se denominan guerras de Italia las que tuvieron lugar de 1731 a 1736 y de 1742 a 1749. Bien se las podía llamar las guerras de Isabel de Farnesio.

aunque fuese modesto, a su segundo hijo el infante don Felipe, sin que fuese impedimento para ello la guerra con Inglaterra que duraba desde 1739. Los preparativos bélicos fueron de prisa. Ya en 26 de noviembre de 1740 se ordenaba:

El rey ha resuelto que se prevenga un ejército para usar de él S. M. como ballare conveniente a su servicio, en él está nombrado el batallón de artillería que se halla en ese Principado [de Cataluña]... lo que le participo para su inteligencia y para que le tenga pronto a la primera orden, completo y en estado de emplearse donde convenga (6).

Sin embargo, no es hasta mayo siguiente cuando se forma una confederación entre España, Francia, Prusia, Cerdeña y el elector de Baviera, en apoyo de los derechos del último a la corona que luce María Teresa de Austria.

Se dio el mando del ejército al autor del plan de operaciones, el duque de Montemar, ministro de la Guerra a la sazón —cargo que no hay que confundir con el de secretario de despacho de la Guerra, desempeñado por el marqués de Ustáriz—. En octubre de 1741, después de llegar Montemar a Barcelona para hacerse cargo del mando, recibió una orden cambiando su plan de operaciones por otro del que era autor su émulo don José del Campillo, flamante secretario de despacho de Guerra, Marina y Hacienda. El ejército partió hacia Italia en dos convoyes: el primero zarpó de Barcelona en noviembre y el segundo en enero de 1742. La campaña de este año no resultó afortunada. Las dificultades ocasionadas por el dominio naval inglés del Mediterráneo, que obligó al rey de Nápoles a declararse neutral; el cambio de bando del rey de Cerdeña, producido en cuanto se apercibió de las intenciones de Isabel de Farnesio; los éxitos de María Teresa en el centro de Europa, que la permitieron reforzar el Milanesado; la detención del ejército del infante don Felipe en la Provenza, a quien ingleses y sardos, cada uno por su parte, cerraban el camino de Génova; la desertión masiva de los soldados españoles, cosa nunca vista, y los desacuerdos entre Campillo y Montemar sobre la dirección de las operaciones, se tradujeron en que no se produjese la suspirada batallada resolutiva con la que se soñaba en la corte madrileña.

La destitución del duque de Montemar

Los contratiempos sufridos por el ejército español, unidos a la resistencia opuesta por el duque a librar la batalla que Campillo exigía y que las tropas no estaban en condiciones de reñir, originaron en agosto la destitución de Montemar y de su segundo, el marqués de Castelar, su

(6) Archivo General de Simancas, Guerra Moderna, leg. 609.

regreso a España y el destierro de los dos lejos de Madrid (7). En junio anterior, los efectivos del ejército sumaban de «veinticuatro a veinticinco mil hombres; porque la desgracia de haber perdido quince mil los ha reducido a este número»; al mismo tiempo las tropas enemigas se calculaban en treinta batallones y dos mil caballos del rey de Cerdeña, dieciocho batallones y dos mil quinientos caballos austriacos, más la infantería croata; treinta mil hombres en total (8).

Al ser exonerados Montemar y Castelar recayó el mando en el teniente general más antiguo, el conde de Gages, un flamenco de sesenta años, al servicio de España desde 1703, año en el cual ingresó en el regimiento de Guardias Walonas con ocasión de su creación. El escrito comunicando a Gages su nombramiento, fechado en Madrid el día 21 de agosto, es de suponer llegaría al ejército al mismo tiempo que el del cese del destituido capitán general, el 9 de septiembre. En él se dice a Gages (9):

Informado el Rey de la falta de salud del Duque de Montemar, y deseando que la recobre, ha resuelto S. M. relevarle del mando de ese Ejército y que V. E. se encargue de él en interin, de que con esta ocasión doy aviso al Duque y a los tenientes generales para que se hallen enterados.

El eufemismo de la falta de salud no engañó a nadie porque en el ejército todo el mundo sabía que Montemar se encontraba en perfecto estado físico. Tras este preámbulo se daban instrucciones al nuevo general en jefe en las que quedaban perfectamente claros los motivos que habían causado la desgracia de su antecesor. Tal vez para que Gages no incurriera en los mismos «errores». Se censuraba a Montemar haberse «puesto sobre la defensiva», a pesar de estar facultado «para obrar en general según las cosas pidiesen». Vista tal actitud defensiva «se le encargó particularmente que procurase estrechar de cerca al rey de Cerdeña y no perderle jamás de vista, para que así pudiese pasar sin mucha oposición el señor infante» detenido en Francia; «por eso ha desaprobado S. M. la retirada del Bondeno, siendo un campo fuerte en un país abundante y en una situación ventajosa», cuya defensa hubiera impedido al enemigo cruzar el río Panaro. Al no poder Montemar sostener las operaciones del infante don Felipe después de la citada retirada, ignorante el rey del movimiento de los austro-sardos, le ordenó, el 12 de agosto, «que desde cualquier parte en donde... recibiese la orden retrocediese a buscar a los enemigos, batirlos y cuando para ello no hubiese oportunidad ceñirlos de manera que no pudiesen echarse sobre el Sr. Infante». Tampoco aprobó el rey la decisión de Montemar de proseguir la retirada hasta cubrir las fronteras de Nápoles, pese a haber sido seguido por el adversario en su

(7) LAFUENTE, *ob. cit.*, pág. 63; CAMPO-RASO, *Continuación a los Comentarios del Marqués de San Felipe*, Madrid, 1793, IV, págs. 217 y ss. La orden de entregar el mando la recibió Montemar el 9 de septiembre.

(8) CAMPO-RASO, *ob. cit.*, págs. 195 y 196.

(9) SIMANCAS, G. M., suplemento, leg. 233.

repliegue. Se opinaba en Madrid que Nápoles se defendía mejor en Lombardía que en la frontera y que ni alemanes ni ingleses tenían tropas suficientes para invadir aquel reino; «y que si los enemigos no hubiesen comprendido la retirada *como una fuga* no se habrían alentado a seguir en inferior número» a nuestras tropas (10).

Instrucciones al conde de Gages

En el mismo escrito, tras los cargos al capitán general destituido, se le dice al general en jefe interino que si el enemigo se retira a Lombardía el ejército entre en Toscana para apoyar al infante, pero que si el adversario se hubiese replegado a Toscana, o si se dirigiese a Nápoles, se le siga y se «procure dar batalla si cotejada su situación, número y calidad no fueren superiores». En resumen, marchar tras los enemigos, «estrechándolos en cualquier parte, de manera que sel Sr. Infante pueda incorporarse [unirse a Gages] sin riesgo de ellos».

Finalmente se añade al conde: «Aunque S. M. tiene de la conducta de V. E. la satisfacción que acredita esta confianza... desea que las operaciones mayores se agiten y traten en Consejo de Guerra, pero que V. E. no atienda al número de los votos sino al concepto que tenga de los que los den»; concretando, a continuación, que los votos se darán por escrito a fin de poderlos remitir a Campillo, «para que S. M. vea como es servido de cada uno», y remachando, «sin que por eso sea V. E. obligado a conformarse, pues podrá seguir los que más pesen, o desviarse de todos».

En junio de 1742, encontrándose el ejército español unido al napolitano, en Fuerte Urbano, Montemar no atacó a las tropas enemigas, incumpliendo una orden recibida, amparándose en la decisión de un consejo de guerra al que asistieron todos los oficiales generales del ejército, quienes, por gran mayoría, estimaron no procedía librar batalla en las condiciones del momento (11). A Gages no se le dio oportunidad para hacer otro tanto. No se suprimieron los consejos de guerra previos a las decisiones importantes, mas se les dejó reducidos a simple formulismo, coaccionando a sus componentes al obligarles a redactar por escrito unos votos que podían llegar al rey. Se echó sobre las espaldas del general en jefe interino la abrumadora responsabilidad de tener que decidir después de conocer lo que la Corte ordenase bastantes días antes —nunca bien informada de la situación e ignorando siempre los acontecimientos de las últimas jornadas— y lo que sus subordinados opinasen ante la situación del momento.

(10) El subrayado es mío. El inferior número de los austro-sardos no dejaba de ser una apreciación de Campillo.

(11) CAMPO-RASO, *ob. cit.*, págs. 194 y ss. «... llegó un expreso de la Corte con carta de Don Joseph del Campillo en que se mandaba al Duque que sin dilación atacase y batiese al enemigo; expresión que hizo reír a los unos y murmurar a los otros. El atacar a los enemigos era cosa fácil; pero batirlos, ¿quién podía asegurarlo?»



El conde de Gages en un grabado de Manuel Salvador y Carmona de la colección *Personajes Españoles* de la sección *Estampas y Bellas Artes* de la Biblioteca Nacional de Madrid.



Jean Bonaventure, conde de Gajes, teniente coronel de Guardias Valonas, capitán general del Ejército español y virrey de Navarra.

El invierno de 1742-43

La retirada de Bondeno, tan criticada en Madrid, había evitado que el rey de Cerdeña cortase la línea de abastecimientos de Montemar e impedido a aquél penetrar en Nápoles. Convencidos los austro-sardos de que no podían destruir por entonces al ejército español decidieron, antes de acabar el verano, retirarse a los cuarteles de invierno, establecidos en la zona Módena, Parma, Plasencia, Mantua y Miràndola, al noroeste del río Panaro (12).

En diciembre, Gages avanzó hasta dicho río, situando su cuartel general en Bolonia. Trató de aprovechar el descanso invernal para completar sus efectivos. Pidió a Campillo 6.000 reclutas y, además, 2.500 fusiles, 3.800 bayonetas y 461 sables. También precisaba adquirir ganado para trasladar desde Toscana una modesta dotación de artillería allí existente —10 cañones de a 24 y cuatro de a 10— que debían seguir al ejército «por no haber donde ponerlos» (13).

Gages había ocupado la derecha del Panaro en cumplimiento de una orden de Campillo. Al acusar recibo de la misma participó que aprovecharía «las ocasiones que ofreciese el invierno para caer sobre los enemigos». En seguida se le contestó —el 8 de enero— que no considerándole el rey «en estado de emprender operación de guerra formal quería se aprovechase... de la separación de las tropas del rey de Cerdeña para batir y buscar al [austriaco] conde de Traun y obligarle a encerrarse en sus plazas, quitándole la comunicación de los ríos, como antes de ahora se ha prevenido..., pues lo que más importa es mantener la tropa con acción, en espíritu y abatir y arruinar la de los enemigos». En cuanto a los refuerzos solicitados, se le advierte que tanto la caballería como los reclutas para la infantería serán enviados por tierra, ya que las comunicaciones por mar no se pueden utilizar «sin riesgo o inconveniente», pudiendo llegarle en la primavera unidos al ejército del Infante. Se le añade que sólo recibirá reclutas para la infantería española, debiendo los coroneles de la extranjera reclutar por su cuenta, en la inteligencia de que el que no lo haga verá su regimiento disuelto, estando dispuesto el rey a «contar... para la guerra con los españoles solamente» (14).

La impaciencia en la Corte ante la inactividad de las tropas debía ser muy grande, hasta el extremo de que el 22 de enero, Campillo firmó el durísimo escrito siguiente dirigido a Gages, que copio literalmente:

Ha dos correos que V. E. no discurre en sus cartas de operación alguna de ese ejército, y el Rey no ha dejado de notar este silencio,

(12) CAMPO-RASO, *ob. cit.*, págs. 213 y 216.

(13) SIMANCAS, G. M., leg. 2.115.

(14) *Ibidem*. El escrito enviado a Gages está fechado el 8 de enero; el de la petición de los reclutas lleva data de 7 del mismo mes; debía constituir una reiteración, si no tenía por objeto concretar las necesidades de la infantería.

y que cuando los enemigos se hallan flacos, dispersos y medrosos, V. E. no haya pensado medio de buscarlos y batirlos, o a lo menos encerrarlos en sus plazas, haciéndose dueño de los ríos, y adquiriendo sobre ellos las demás ventajas que ofrecieren los sucesos; siendo esto tanto más de reparar cuanto V. E. mismo supone que de Alemania puede ser reforzado el Conde Traun y observa su inquietud; pues tales recelos no pueden declinarse sino atacándole, ni para ello se logra coyuntura más favorable.

Por esto me manda S. M. decir a V. E. espera que ese ejército, que no ha sufrido las incomodidades que el de Saboya, siga su ejemplo buscando a los enemigos antes que se refuercen y depongan el miedo con que ahora se hallan, recobrando la reputación que perdió, aunque no por su culpa, pues de otra suerte de nada sirve el haber vuelto a Lombardia y mudado de m[ano] (15).

Según algunos historiadores, todavía recibió Gages otra orden apremiante de pasar a la ofensiva. Un verdadero ultimatum. «...la reina... dio órdenes terminantes a Gages para que atacase al enemigo tres días después de saber esta soberana voluntad o de lo contrario que dejase al momento el mando», asegura Coxe (16) sin citar la fuente en que se apoya. Personalmente no creo que existiera tan orden, de la que no queda rastro, ni la menor alusión en los expedientes sobre la segunda guerra de Italia conservados en Simancas. Probablemente se trataría de algún chisme que circuló por las cancillerías, recogido por Coxe de la correspondencia de algún diplomático inglés, ya que en esta clase de documentos basa fundamentalmente su obra.

Fuerzas en presencia

El ejército español se componía (17) de: catorce regimientos de infantería, siete de españoles —Guardias, Reina, Castilla, Lombardia, La Corona, Guadalajara y Fusileros de Montaña—, dos de walones —Guardias

(15) *Ibidem*. Los subrayados son míos. Hay un pequeño roto en el papel después de la m final, sin embargo, la palabra mano aparece en el escrito de contestación. En el «no por su culpa» interpreto que se refiere a Gages y no al Ejército.

(16) *Ob. cit.*, pág. 163. ALMIRANTE, *Bosquejo de la Historia Militar de España*, Madrid, 1923, IV, pág. 148, repite lo mismo con ligeras variaciones, tal vez basándose en Coxe. También LAFUENTE, *ob. cit.*, pág. 61, alude a la intervención de la reina, matizando mucho más, sin ultimatum, limitándose a hacerle responsable de la orden a Gages; lo que muy bien pudiera ser cierto.

(17) SIMANCAS, G. M., leg. 2.121, *Estado presente del Ejército de S. M. en Italia* y Estado de los muertos y heridos en la Batalla de Camposanto (ambos documentos son del año 1743 y ninguno concreta la fecha de su redacción). G. M., legajo 2.115, *Estado de efectivos para el combate de todo el Ejército*, Bolonia, 19 de febrero 1743. FRENCH, *Piano della Battaglia di Campo Santo* (en él se omiten tres regimientos de infantería españoles: Parma, Wirtz y Westler). El primer documento totaliza 14.022 hombres, sumando a los efectivos del tercero, heridos, prisioneros y muertos se obtiene el número de 14.257; por tanto, hay que suponer que el primero está redactado antes de la batalla, habida cuenta de que en él se redondean los efectivos de los batallones en centenas.

y Flandes—, dos de irlandeses —Irlanda e Ibernia—, uno de italianos —Parma— y los suizos —Wirtz y Westler—; dos regimientos de caballería —Carabineros Reales y Reina— más una compañía de húsares; dos regimientos de dragones —Reina y Sagunto— y un batallón de artillería. Cada regimiento de infantería tenía dos batallones, menos los de guardias, compuestos por seis, y el de Wirtz, formado por un solo; sus efectivos no estaban al completo, la mayoría de los batallones disponían de 400 hombres, mientras nueve de ellos sólo contaban con 250. Los regimientos de caballería y dragones eran todos de tres escuadrones, con un máximo de 140 hombres por escuadrón en los de carabineros y un mínimo de 110 en caballería de la Reina. El batallón de artillería disponía de 400 individuos de tropa; el tren de artillería de campaña lo componían doce cañones. De acuerdo con las costumbres de la época, estas cantidades no incluyen a los oficiales. En total, Gages disponía de 14.022 hombres de tropa —11.850 infantes, 1.772 jinetes y 400 artilleros—, formando 36 batallones y 12 escuadrones. En la batalla tomaron parte 12.000 (18), los 2.000 restantes quedarían con los equipajes en Bolonia e Imola, de ellos unos 600 enfermos en el hospital.

El ejército que mandaba Traun estaba formado por tropas de la reina de Hungría —como se decía oficialmente— y del rey de Cerdeña (19). En la batalla intervinieron: cinco regimientos de infantería de Cerdeña —Saboya, Piamonte, Dies Breg, Scholemburg y Rhevender—, con un total de ocho batallones; seis regimientos de infantería austro-húngara —Theismester, Traun, Rott, Picolomini, Alta Walis y Diespach—, totalizando 14 batallones, más 1.200 soldados croatas y 300 miqueletes; un regimiento de caballería sarda —Saboya— de cuatro escuadrones y otro de dragones de la misma nacionalidad —Reina— con tres escuadrones; y por último la caballería de la reina de Hungría, dos regimientos —Berlinger y Emillier— con seis escuadrones cada uno y 400 húsares y 600 ilerianos formando cinco escuadrones. Los 22 batallones y 19 escuadrones de tropas regulares, más croatas, húsares, etc., sumaban 18.000 hombres, en opinión de Gages.

Preliminares de la batalla (20)

En cumplimiento de las órdenes recibidas (21), tras oír a los tenientes

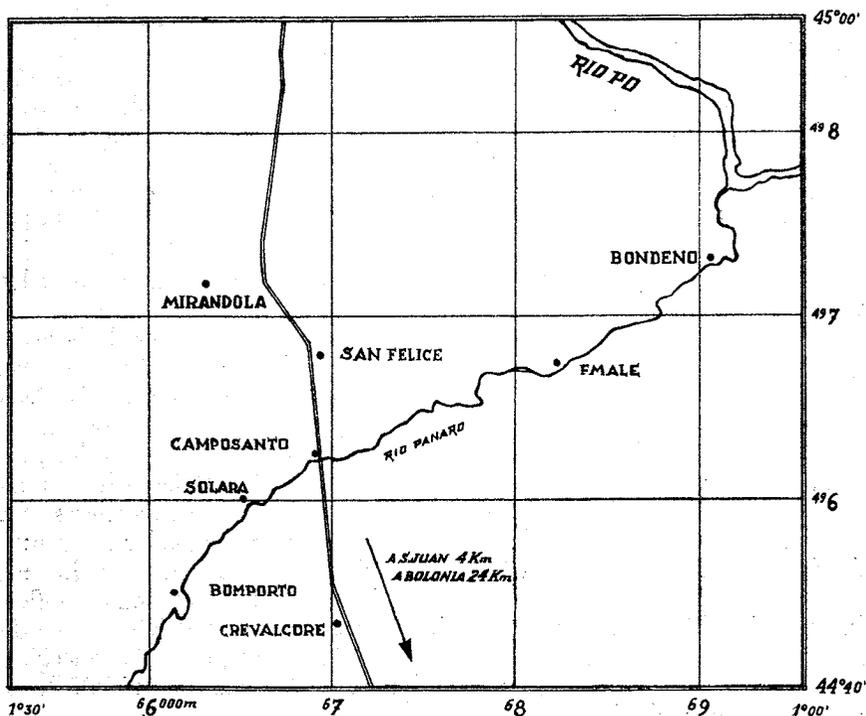
(18) SIMANCAS, G. M., leg. 2.115.

(19) *Ibidem* y French, plano citado. Este incluye dos batallones más en el total de los regimientos austríacos.

(20) Mientras no se advierta otra cosa el relato de las marchas y combates previos a la batalla, así como el de la batalla, está basado en los siguientes documentos: Partes de Gages de fechas 6 y 9 de febrero, informe de Gages de 20 de febrero, *Relación de la Victoria de las Armas del Rey*, anónimo impreso, todos existentes en SIMANCAS, G. M., leg. 2.115. Una minuta del anónimo impreso se encuentra en SIMANCAS, G. M., 2.121. *Guerras de Italia, 1742*, anónimo, manuscrito de la Biblioteca Menéndez Pelayo, Mss C 342. French, plano citado.

(21) En el parte del día 6, Gages cita la orden de 8 de enero; en la relación impresa se menciona una recibida el 31 de enero, que debe ser la fechada el 22. Cuando Gages contesta a esta última no dice el día en que la recibió.

generales reunidos en consejo de guerra, «ayudado de un tiempo favorable», decidió Gages marchar en busca del enemigo, del que le separaba el río Panaro, «no obstante de tener en los hospitales la tercia parte de los soldados por la intemperie de los catarros» (22). El día 2 de febrero salió el ejército de Bolonia, «aligerado de equipajes, con cuatro días de pan y cebada y otros cuatro de repuesto», para acampar en Crevalcore;



«y aunque se observó la mayor cautela y disimulo para hacer este movimiento no faltó quien diese de esto aviso a los enemigos».

El 3 por la mañana, después de recorrer siete kilómetros, llegaron las tropas al Panaro, frente a Camposanto. En este lugar el enemigo tenía «alguna caballería» destacada desde San Felice. Tan pronto las compañías de granaderos de los doce batallones de guardias iniciaron el paso del río en unas barcas, los austríacos se replegaron sobre San Felice, sin que pudieran ser perseguidos por la caballería española, detenida ante el lodo encontrado en el único vado allí existente. Al amparo de los granaderos se construyeron «dos puentes de barcas y carros» por los que pasó el ejército para quedar acampado en Camposanto. Mientras se efectuaba el paso, la guarnición que el adversario mantenía en Finale se retiró también

(22) En realidad, los hospitalizados por enfermedad el 19 de febrero eran 612. Hay que suponer que marcharon con sus cuerpos soldados convalecientes.

a San Felice. En cuanto fue posible, el duque de Atrisco, al mando de los Carabineros Reales y de todas las compañías de granaderos, marchó hacia San Felice en busca de los austríacos, los cuales, sin esperarle, se fueron a Mirandola. Al mismo tiempo un pequeño destacamento español ocupó Finale y sus almacenes de cereales.

Al día siguiente, el duque de Atrisco siguió hasta Bondeno, plaza de la que se apoderó tras un breve combate contra 100 antiguos desertores —sin duda algunos de los muchos que cambiaron de bando el año anterior—, continuando después avanzando aguas abajo del Panaro hasta llegar al Po, adueñándose de varios almacenes de víveres y vestuario y de barcas cargadas de trigo y otros granos. Destruyendo la mayor parte de lo encontrado, volvióse a Finale con el vestuario nuevo de un regimiento de infantería —«que suponen ser del regimiento de Traun»—, dos mil sacos de harina y 13 soldados prisioneros. El mismo día 4 el ejército se reunió en Solara. Durante la marcha de San Felice a Solara el regimiento de caballería de la Reina cayó en una emboscada, tendida por tropas a pie —croatas y eslovenos— y húsares, que le costó 13 bajas y perder 20 caballos, a cambio de unos 20 muertos y 11 prisioneros hechos al enemigo.

Entre tanto, Traun y sus tropas se habían reunido en Bomporto, al amparo de sus fortificaciones, a siete kilómetros de Solara. Nuestro ejército formó en batalla el día 5, y un destacamento de 3.000 hombres —granaderos y caballería— al mando del teniente general conde de Beaufort, acompañado de varios ingenieros, efectuó un reconocimiento de Bomporto. El destacamento se mantuvo formado tres horas a la vista de los enemigos, encerrados en la plaza, «para provocarlos a batalla», sin conseguirlo, por lo que regresaron a Solara. Como consecuencia del reconocimiento, Gages llegó a la conclusión de que en Bomporto se encontraban todas las unidades que había podido reunir Traun y que el atacarle allí era «arriesgado» por encontrarse protegido por el obstáculo que suponía el canal de Modena, «de orillas muy altas e imposible de pasar».

El día 6 retrocedió el ejército español a Camposanto, con intención de buscar la batalla «por otra parte», pues Gages esperaba hacer salir a Traun de Bomporto amenazando Mirandola. Mas no tuvo que amenazar nada, el enemigo salió detrás, acampando en Solara. Aquella noche, desde la torre de la iglesia de Camposanto se descubrían los fuegos de las avanzadas austro-sardas.

Durante el día 7 siguió Traun acercándose a su rival, efectuando marchas y contramarchas que hicieron pensar a éste que sólo trataba de cubrir a Revere y al Po, por lo que tomó la decisión de marchar al día siguiente en su busca para atacarle. No obstante, el ejército español estuvo todo el día sobre las armas, y a primeras horas de la tarde la infantería adversaria llegó a aparecer a su vista por la izquierda; retirándose a las dos, pasaron la noche en las Praderías, a una distancia aproximada de kilómetro y medio de las tropas de Gages.

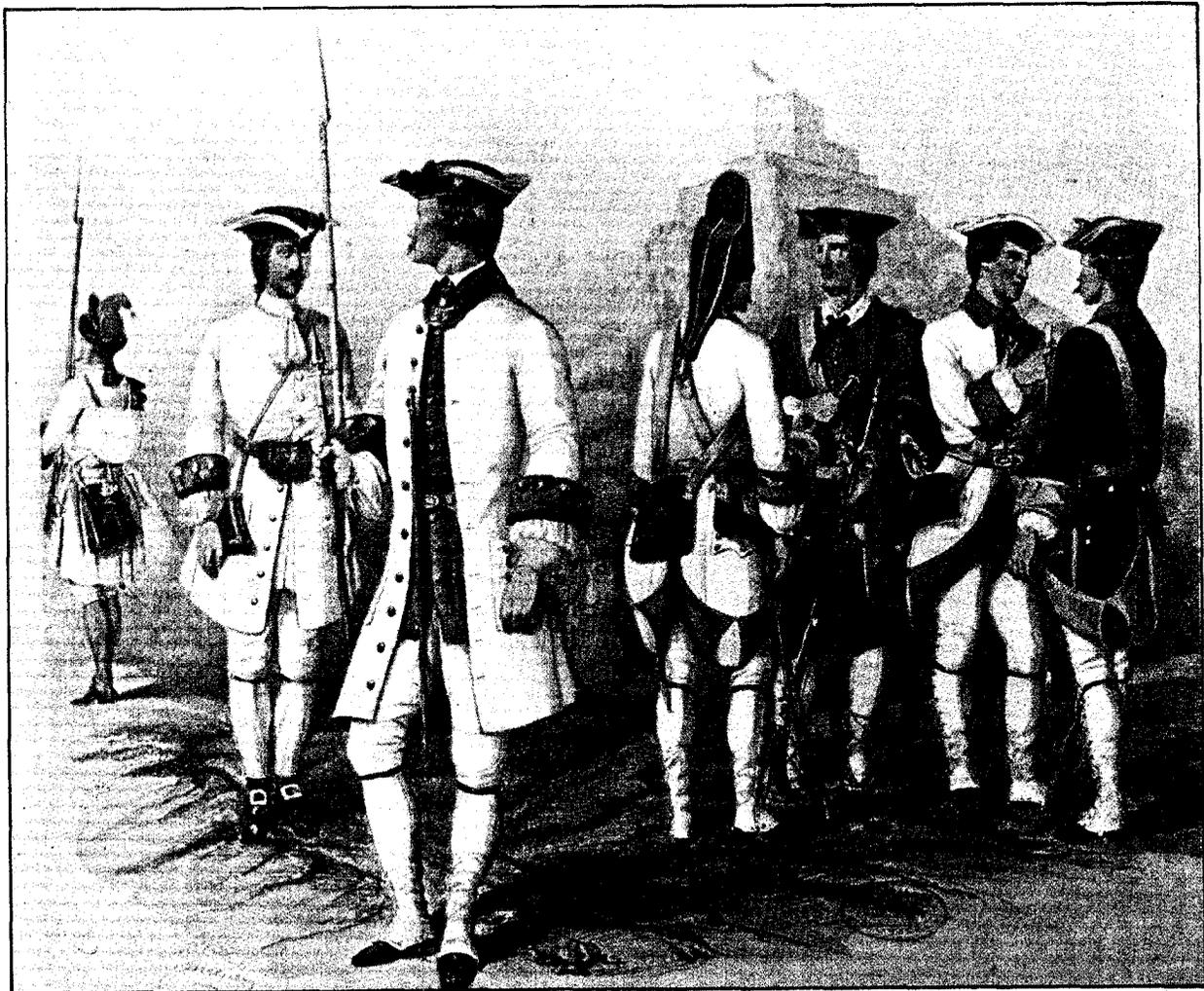
La batalla

El día 8 por la mañana el ejército español se encontraba desplegado, cubriendo Camposanto —con sus dos puentes y los repuestos de víveres—, que quedaba muy próximo a la espalda del centro, ambas alas apoyadas en el río Panaro, con unos tres kilómetros de frente. El ejército formaba en batalla, en dos líneas, con poco intervalo, de a cuatro en fondo la infantería, la caballería en las alas. En primera línea, a la derecha el regimiento de Guardias españolas, a la izquierda el de walongas; en segunda línea, a la derecha el regimiento de infantería de la Reina, a la izquierda el de Ibernia, y entre las unidades del centro el batallón de artillería, menos los sirvientes de las baterías. Dragones de Sagunto en el ala izquierda, los otros nueve escuadrones en la derecha, con los dragones de la Reina en segunda línea. Todavía más a la derecha que la caballería, fuera de las líneas y próximo al río, se encontraba el regimiento de Fusileros de montaña, para evitar que el enemigo pudiese ocupar unas casitas allí existentes. La artillería estaba distribuida en tres baterías, asentadas de forma que pudieran flanquear al adversario.

A las diez de la mañana apareció ante los españoles el ejército de Traun formado en varias columnas, dirigiéndose hacia nuestra derecha, «persuadidos de que era la parte más flaca»; siguió avanzando muy lentamente, variando su formación «por instantes», llevando claramente el grueso sobre la derecha de Gages, con 19 escuadrones en el ala izquierda; mientras, amenazaba la izquierda española con una demostración. A la vista de tal movimiento, Gages adelantó la brigada de infantería de la Reina hasta la primera línea, colocándola entre la caballería y el río, para sostener el ataque de sus jinetes.

Hacia las once y media de la mañana la batería española del centro —dos cañones de a 8— inició el fuego, efectuando dos disparos contra la caballería enemiga, que seguida de la infantería desfilaba de flanco ante ella —de izquierda a derecha, naturalmente— a poco más de mil metros de distancia. El comandante de la batería, un teniente coronel, hubo de suspender el tiro por ordenárselo así un mariscal de Campo, quien le dijo en público «que sus tiros servían de *irrisión*». Media hora más tarde fue una batería de Traun —cuatro cañones de a 12 y uno de a 6— la que inició el tiro de contrabatería contra la nuestra del centro, entablándose entre ambas un duelo artillero, «ocasionando la española mucho estrago y confusión en el ejército contrario» (23). A las dos de la tarde los austro-sardos habían formado a su vez en batalla, con la infan-

(23) *Memorial de Artillería*, 1888, serie III, t. XVIII, pág. 522. La batería del centro la mandaba don Juan de Perochegui, famoso artillero, con treinta y seis años de servicios, comisario provincial (teniente coronel). «Ofendido el honor de Perochegui con semejante nota y corrección», redactó un escrito, que hizo público en el ejército, demostrando con numerosos ejemplos que a aquella distancia se podía y debía tirar, dando a entender que «el señor mariscal de Campo» no conocía muy bien el empleo de la artillería. Otra referencia en un memorial de Perochegui, Simancas, G. M., legajo 114.



Infantería de línea.—1702. Granadero y Fusilero.—1718. Oficial.—1742. Granadero.—1735.
Infantería ligera.—1734. Regimientos provinciales de Infantería.—1735. Regimientos de Infantería suiza.

Lámina 64 de álbum: *El Ejército y la Armada*, de don Manuel Giménez y González, obra inédita, propiedad de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

tería de a ocho en fondo, doce batallones en primera línea, los alemanes a la derecha, los italianos a la izquierda y toda la caballería en este ala; su derecha flanqueada por las tropas irregulares. La artillería distribuida en seis baterías de número variable de piezas, oscilando entre tres y cinco. El centro del despliegue de la infantería enemiga quedó dando frente al regimiento de Guardias españolas. Lejos aún del alcance de los fusiles se generalizó a dicha hora el fuego artillero por una y otra parte con la intervención de todas las baterías de ambos ejércitos. Al mismo tiempo el de Traun empezó a avanzar lentamente. Tan lentamente que hasta cerca de las cuatro de la tarde no estuvo a tiro de fusil.

Al llegar tal momento, el teniente general duque de Atrisco, comandante general de la caballería, impaciente ante la inactividad de la contraria, cargó sobre ella con dos escuadrones —uno de carabineros y otro de dragones de la Reina—, «rompiéndola enteramente». La caballería austro-sarda volvió a formar, a tiro de carabina, y Atrisco fue reforzado con siete escuadrones —cuatro de la derecha y los tres de la izquierda, permaneciendo el regimiento de caballería de la Reina cubriendo el flanco de la infantería—; juntos los nueve escuadrones cargaron sobre aquélla:

la deshicieron segunda vez, y pusieron en precipitada fuga, persiguiéndola un gran trecho, haciendo en ella considerable estrago; pero cesado éste, y observando que a poca distancia formaban otra vez los atacó el duque de nuevo, y la desbarató, continuando el perseguirlos a cuchilladas por más de dos millas [cerca de tres kilómetros] para que no pudieran formar más, como lo consiguió, dejando todo el campo cubierto de muertos, heridos y caballos sueltos (24).

Ocho estandartes y dos pares de timbales fueron los trofeos conquistados en tan singular combate. Dos tenientes generales —uno malherido—, un brigadier, el mariscal de logis y veintidós oficiales austro-sardos fueron hechos prisioneros.

Al ataque inicial de la caballería siguió el del regimiento de Guardias españolas que avanzó contra la infantería enemiga, siendo «recibido con tres descargas generales de fusilería... que aguantó rodilla en tierra» y con el fuego de metralla de una batería; después de devolver las descargas de fusilería, como la artillería «incomodaba más», los batallones de guardias conquistaron la batería en un ataque a la bayoneta, clavando las cinco piezas de que se componía, y luego, reforzados con la brigada de Irlanda y el regimiento de Flandes, hicieron retroceder a la primer línea enemiga, sembrando en sus filas la confusión y el desorden. La brigada de

(24) He copiado literalmente el párrafo, tomado de la relación anónima impresa, porque con toda seguridad está redactado por el mariscal de Campo don Fernando de la Torre, uno de los tres de este empleo que a las órdenes del duque de Atrisco dirigieron las cargas segunda y tercera. La Torre llevó a Madrid los trofeos conquistados y fue ascendido a teniente general.

Irlanda se apoderó de dos banderas. Entonces se adelantó la segunda línea austro-sarda y con sus tropas de refresco cargó contra las unidades españolas, muy castigadas ya por el fuego recibido, haciéndolas retroceder, movimiento que efectuaron dando siempre frente al enemigo «con la misma pausa y tranquilidad que si [éste] no estuviese en su presencia». Al recibir el refuerzo del regimiento de infantería de la Reina, que contuvo al adversario con una descarga de fusilería, cesó el repliegue, retrocediendo ahora a su vez la infantería de Traun, rompiendo el contacto y cesando el combate por esta parte del frente. Aunque antes de terminar la lucha, el duque de Atrisco, con la caballería, estaba de regreso y al flanco del enemigo, no pudo intervenir por impedir su actuación un canal infranqueable que de éste le separaba.

Mientras el combate se desarrollaba en la forma descrita, un batallón de Guadalajara que había ocupado una casa, de una manera que no está clara, fue atacado vigorosamente por los alemanes, quienes, con la ayuda de unos cañones, se apoderaron de la casa sin dificultad, haciendo prisionero al batallón, que se rindió con 286 hombres.

La izquierda española, mandada por el conde de Mariani —jefe superior de la artillería de España—, no intervino en la batalla prácticamente; no fue atacada, ni se movió de su primera formación al no tener en su frente tropas regulares, limitándose a observar los millares de croatas, ilirios, miqueletes y húsares con los que Traun amenazaba aquel flanco, sufriendo su fuego y el de la artillería. Cuando la lucha tocaba a su fin, Gages se presentó en su izquierda para retirar de allí tres batallones de Guardias walonas con intención de atacar con ellos el flanco de las tropas que se oponían a la Guardia española. Mas cuando empezaba el movimiento, hacia las nueve de la noche, los tambores de Traun tocaban retirada.

Al oír que los austros abandonaban el campo de batalla, Gages mandó tocar marcha pensando salir en su persecución. Tal vez fue un acto reflejo del que pronto desistió. Teniendo en cuenta la hora, «que no se conocía el camino, se ignoraba el que llevaban los enemigos, y el humo y el polvo causaba[n] una oscuridad tan densa que nada se podía distinguir por la vista», ordenó en seguida hacer alto, continuando las unidades en el lugar donde se encontraban. Aún se cruzaron los últimos disparos con las partidas dejadas por Traun para cubrir la retirada, situadas en varias casas, rápidamente puestas en fuga con la ayuda de la artillería. A las diez de la noche, formado el ejército en orden de batalla todavía, se repartió a la tropa aguardiente y dos días de pan. ¡Frugal refrigerio para unos hombres que, probablemente, no habrían comido nada en toda la jornada!

Retirada española

Mediada la noche reunió Gages el consejo de guerra. Hubo generales partidarios de marchar al día siguiente tras el enemigo para obligarle a combatir de nuevo. Mas el general en jefe no pensaba de igual manera.

Considerando que Traun no se había retirado para volver a combatir; que no se le podía forzar a hacerlo, pues siempre tenía el recurso de acogerse a las plazas de Bomporto y Mirandola; y que la tropa se encontraba «muy fatigada y trabajada, desde el día 2», decidió repasar el Panaro y regresar a sus cuarteles de invierno, deteniéndose previamente una noche en San Juan.

Una vez recogidos los heridos que aún se encontraban en el campo —entre los cuales estaba el entonces muy joven conde de Aranda (veintitrés años), coronel del regimiento de Castilla (25)—, cruzaron el río, el hospital, la impedimenta y la artillería; terminando de hacerlo a las cinco de la madrugada del 9 de febrero. A las seis les tocó su turno a la infantería y a la caballería que, en perfecto orden, repasaron el Panaro, protegidos por las compañías de granaderos de todos los batallones; las cuales lo atravesaron a continuación, después de las diez de la mañana, sin haber vuelto a ver un soldado enemigo desde la noche anterior. Los campesinos contaron que Traun había tomado el camino de Solara y que ellos «habían recogido aquella mañana... hasta diecisiete banderas, que habían arrojado, y perdido, y no pudieron descubrir los nuestros por la oscuridad de la noche». De ser cierto lo de tanta bandera tirada, hay que pensar que los campesinos prefirieron devolvérselas a Traun en lugar de entregárselas a Gages, a quien no llegó ninguna. El día 10, el ejército español llegó a Bolonia sin el menor contratiempo concluida la breve y absurda campaña invernal.

El precio de una victoria pírrica

Por ambos bandos se luchó con valor y tesón. Los regimientos de infantería españoles fueron duramente probados. No se soportan impunemente descargas de fusil ni se conquista una batería bien servida, tirando con metralla, sin pagar un alto precio. Ibernica, en sus dos batallones, tuvo 16 oficiales y 205 individuos de tropa muertos y 23 y 91, respectivamente, heridos; le siguen en proporción de bajas los seis batallones de Guardias Españolas, con 13 y 476 individuos de tropa muertos y 74 y 528 heridos; una proporción semejante padeció el regimiento de Irlanda y algo menos el de Flandes (26). Entre estos cuatro regimientos, de efectivos mermados, totalizaron la enorme cantidad de 1860 bajas, de las cuales, 175 oficiales y 977, más de la mitad, muertos. En las bajas de todas las unidades, las de tropa dan un porcentaje de 58,6 muertos, elevadísima proporción que para los oficiales se reduce al 24,1.

Las bajas del ejército español fueron (27):

(25) Archivo General Militar de Segovia, 1.ª leg. A 51.

(26) SIMANCAS, G. M., legs. 2.115 y 2.121. Los Fusileros de montaña tuvieron ochenta bajas, todos muertos.

(27) ALMIRANTE da la cifra de 2.000 bajas y el *Diccionario de Historia de España* la de 4.000, coincidiendo con Barado, *Museo Militar*, Barcelona, 1886, III, pág. 420.

<i>Empleos</i>	<i>Muertos</i>	<i>Heridos</i>	<i>Prisioneros</i>	<i>Totales</i>
Mariscales de Campo	2	2	—	4
Brigadieres	—	7	—	7
Coroneles... ..	4	20	—	24
Otros jefes	14	29	—	43
Oficiales	45	147	—	192
Sargentos... ..	43	64	—	107
Restos tropa... ..	1.646	1.127	—	2.773
TOTALES... ..	1.754	1.396	373	3.523
Caballos	249	103	—	—

Los mariscales de Campo muertos fueron don Nicolás de Mayorga, capitán de Guardias Españolas, y el conde de Jouche, capitán de Guardias Walonas. Los mariscales heridos, don Nicolás de Carvajal y el marqués de Villadarias. De los 338 prisioneros, 287 pertenecían al batallón de Guadalajara capturado dentro de una casa.

Mientras las bajas de oficial están en una proporción normal respecto a las de tropa, cerca del 10 por 100, el porcentaje de oficiales muerto es muy inferior al de la tropa, menos de la mitad. No encuentro otra explicación que la insuficiencia del rudimentario servicio de sanidad de la época. Los oficiales gravemente heridos hay que suponer que normalmente serían evacuados con cierta rapidez —los que no estaban graves tenían a gala seguir combatiendo, los testimonios de ello son frecuentes—; en cambio, la tropa quedaría bastante tiempo desangrándose sobre el campo de batalla, en ocasiones muchas horas.

En la relación de bajas figuran, como se ha visto, 1.191 heridos de tropa; sin embargo, en un estado de efectivos, fechado en Bolonia el 19 de febrero, que sólo contiene datos globales, no aparecen más que 612 en el hospital y 323 prisioneros en poder del enemigo —sobre estos últimos, cómo y cuándo fueron hechos prisioneros nada dice Gages en el informe que acompaña al estado—. La diferencia, 256 hombres, o se encontraba en sus cuerpos con lesiones de poca importancia o habían fallecido de resultas de sus heridas en los once días transcurridos. El estado se refiere a tropa únicamente.

El enemigo dejó en mano de nuestras tropas 211 prisioneros —26 generales, jefes y oficiales y 185 individuos de tropa—. Sobre el número de muertos y heridos austro-sardos no he encontrado ningún dato fidedigno. Fueron de cinco a seis mil para el autor anónimo de las *Guerras de Italia*, cuatro mil quinientos en la *Relación de la Victoria de las Armas del Rey...*; solamente dos mil para el *Diccionario de Historia de España*, basado seguramente en fuentes austríacas (28).

(28) Omite, por ejemplo, todos los movimientos de Gages desde el paso del Panaro —que retrasa en un día— hasta el momento de la batalla. Dice literalmente: «El jefe español cruzó el río Panaro (4-IX) (sic) por dos puentes de barcas, cerca

Las recompensas

Si la batalla fue dura y la sangre derramada abundante las recompensas fueron generosas. Al menos las distribuidas a los mandos superiores. Gages fue ascendido a capitán general, recibiendo el mando del ejército en propiedad. Además, el 3 de abril (29) fueron ascendidos cinco mariscales a tenientes generales; diecisiete brigadieres a mariscales, entre ellos el famoso poeta Eugenio Gerardo Lobo, que había resultado gravemente herido (30); quince coroneles a brigadieres, entre los cuales se encontraba el conde de Aranda. Asimismo recibieron el grado de coronel tres tenientes coroneles y un capitán; a otro capitán se le concedió el de teniente coronel y a un coronel graduado se le nombró teniente coronel del regimiento de dragones de Sagunto.

También se otorgaron recompensas no militares. El Toisón de Oro al duque de Atrisco. Dos llaves de gentilhomme a dos generales, u oficiales, citados solamente por su nombre, sin añadir empleo. Tres encomiendas en la Orden de Santiago —a dos capitanes y un teniente coronel— con pensiones anuales oscilando entre 4.375 y 14.105 reales de vellón. Nueve encomiendas en la Orden de Calatrava —para un teniente general, dos mariscales, un coronel, cinco oficiales de Guardias Españolas y un capitán de infantería—, con pensiones que variaban entre 2.180 y 15.662 reales; cuatro encomiendas, con más de 1.000 reales de pensión, tenía ésta gravada en un tercio a favor de igual número de oficiales —don Eugenio Gerardo-Lobo se encontraba entre los últimos—. Cuatro encomiendas de la Orden de Alcántara —a un teniente coronel, un comandante de batallón y dos oficiales—, sus pensiones iban de 3.463 a 14.061 reales; dos de ellas repartían la pensión con otros dos oficiales.

La actuación de los generales en jefe

Como era entonces lo normal, después de una batalla que no había terminado con la destrucción de ninguno de los ejércitos, ambos generales se proclamaron vencedores. Al efectuarlo hacían lo que aconsejaba la doctrina militar vigente a la sazón:

Si el suceso de la batalla fue indeciso, conviene asirte a todas las circunstancias que hubiere en tu favor para publicar por tuya la vic-

del Campo-Santo. Al aperebirse el jefe enemigo del movimiento realizado por los españoles, concentró su ejército y salió al encuentro de aquéllos, que desistieron de su propósito, y retrocedieron a Bolonia, su punto de partida. Cuando Gages realizaba el paso del río Panaro, el adversario hizo acto de presencia, desplegando en orden de batalla numerosos contingentes, obligando a nuestras tropas a aceptar la batalla...» La descripción de la batalla no se parece en nada a la aquí realizada. Los estandartes y banderas cogidos no son mencionados.

(29) SIMANGAS, G. M., leg. 2.121, *Lista de gracias que el Rey ha hecho en 3 de abril con motivo de la bataa de Campo Santo*. En ella no figura el ascenso de Gages.

(30) ALBORG, *Historia de la literatura española*, Madrid, 1972, III, pág. 370.

toria, a fin de mantener a tus tropas en coraje... recomienda el marqués de Santa Cruz de Marcenado.

El ganar un combate no consiste en perder menos gente que los enemigos. Los atestados más frecuentes de la victoria son conservar más tiempo que éstos el campo de batalla; tomar el bagaje o artillería de los contrarios; recoger los despojos; enterrar tus muertos, o pedir los enemigos licencia para sepultar los suyos, y presentar al día siguiente segunda batalla que rehusen los contrarios. Muchos cuentan entre las señales de victoria el tomar a los enemigos más banderas, estandartes o timbales; y es cierto que tal circunstancia, si no muestra el vencimiento, al menos lo ilustra (31).

De tan casuística manera respondé Santa Cruz de Marcenado a la pregunta, que no se formula, de ¿en qué consiste ganar una batalla?

Volviendo a Camposanto, hay que reconocer que Traun ha tenido mejor prensa, si se me permite la expresión, que su rival. No conozco ningún historiador español que proclame rotundamente la victoria de Gages. A lo más que llegan es a un sí, pero... (32).

Desde que don Juan Buenaventura de Gages se hizo cargo del mando del ejército español, con carácter interino, como consecuencia de que el duque de Montemar se negase a librar batalla, por tres veces, como se ha visto, recibió orden de realizar lo que el duque no quiso hacer (escritos de Campillo fechados en 12 de agosto y en 8 y 22 de enero). En el siglo XVIII no existían las Fuerzas Armadas Españolas, lo que existía eran los Reales Ejércitos —y la Real Armada—, denominación que indica claramente que el ejército era «propiedad» del rey y que éste era el Amo —así, con mayúscula, se le designaba en la correspondencia oficiosa—; por tanto, al general en jefe no le quedaba más remedio que obedecer las órdenes recibidas en nombre del rey. Gages tenía la obligación de la obediencia, aunque la orden le pudiera parecer disparatada. El responsable de los muertos de Camposanto hay que buscarlo en Madrid, no en el ejército. Mas como a nadie le gusta marchar al sacrificio, Gages, general competente, procuró salir del paso sorprendiendo a una guarnición austríaca

(31) *Reflexiones Militares*, libro XII, capítulo XII, pág. 402 de la edición de Madrid, 1893, por la que cito.

(32) BARADO, *ob.* y pág. *cits.*, dice: «Los españoles se proclamaron victoriosos..., pero sus bajas elevaronse a 4.000 hombres, y... tuvieron que retirarse a Bolonia». ALMIRANTE, *ob.* y pág. *cit.*, afirma: «El vencedor repasó a toda prisa el Tanaro el 9, refugiado en Bolonia el 11, tuvo el mal gusto de cantar *Te Deum* y enviar trofeos a Madrid». Ironía que no puede extrañar en quien tuvo el mal gusto de escribir: «Séanos lícita una expresión grosera, populachera, de patriotismo o de amor propio nacional. Preferimos ser batidos en el siglo XVII con Melo, don Juan de Austria el segundo, con Leganés o Caracena, a deber en el siglo XVIII la victoria a Berwick, a Vendôme o a Crillon». *Diccionario Militar*, Madrid, 1869, pág. 849. ¡Cómo si el soldado no fuese español! En cambio, un francés anónimo manifiesta que 1.500 jinetes españoles «derrotaron en Campo Santo a más de 6.000 hombres de Caballería piemontesa y alemana». *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*, Madrid, 1962, III, pág. 540.



La reina Isabel de Farnesio. Litografía de J. Serra en la *Historia de España Ilustrada*, de Rafael del Castillo, cap. 49. Barcelona, 1878.



D. JOSEF DEL CAMPILLO,

*Secretario de Estado de los Despachos de Marina,
Hacienda, Guerra, e Indias y consejero de Estado.
Sabio político.*

*Nació en Alles de Asturias el año de 1693,
y murió en Madrid el de 1743.*

Don José del Campillo. Dibujo de Juan Alonso en la colección de *Personajes Españoles* de la sección de *Estampas y Bellas Artes* de la Biblioteca Nacional de Madrid.

de las acuarteladas durante el invierno y nada más (33). Cosa normal en aquellos años. No pudo, o no supo, hacerlo, tal vez por encontrarse demasiado lejos del objetivo, y dio el golpe en el vacío. Los pequeños destacamentos enemigos que cubrían la línea del Panaro se replegaron rápidamente sobre sus plazas fuertes, dejándole incendiar y saquear almacenes no demasiado importantes. En tal situación se presentó ante Bomporto y desafió —lenguaje de la época— con tres mil hombres a Traun allí encerrado; al no darse éste por enterado, deshizo el camino y regresó a Camposanto para amenazar Miràndola y obligar a combatir al austríaco, según dijo a posteriori; muy posiblemente como etapa previa en su repliegue a Bolonia, ya que le quedaban pocos víveres y sabía que Traun estaba siendo reforzado (34).

El conde Traun, que el día 5 rehusó el combate, salió el 6 en seguimiento del ejército español; lo que parece indicar que en esas veinticuatro horas empezaron a llegarle refuerzos importantes. El día 7 lo pasó haciendo marchas y contramarchas a la vista del campo español; dando tiempo probablemente para que se le acabasen de incorporar los refuerzos esperados, y haciendo una demostración ante nuestras tropas colocadas en mala posición en una cabeza de puente. Aquella noche ambas vanguardias durmieron separadas por menos de dos kilómetros de tierra de nadie. Desde las primeras horas de la mañana del 8, Traun inició la aproximación en orden de combate hacia un ejército que le espera desplegado en orden de batalla. Traun y no Gages tomó la decisión de combatir. Primera conclusión, Traun había conseguido la superioridad numérica sobre su rival. Ningún general del siglo XVIII tomaba libremente la decisión de reñir una batalla si no se sabía más fuerte que su enemigo.

Gages aceptó la batalla. No le debió ser fácil decidirse. Se encontraba con un río a la espalda, lo que quería decir que en caso de derrota perdería la totalidad de su ejército; sus tropas se hallaban cansadas después de una semana de marchas; el enemigo era superior numéricamente, sobre todo en caballería y artillería (35). Tenía a su favor la posibilidad de combatir con ambos flancos apoyados en el río. Por otra parte, nada le impedía repasar el Panaro durante la noche del 7 al 8. Las noches de invierno son largas y tiempo no le iba a faltar. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por temor a que dijeran que había huido ante el enemigo? ¿Por temor a ser alcanzado por Traun en la retirada —Bolonia quedaba lejos— y verse obligado a reñir más tarde la batalla en peores condiciones: tropas con la moral baja, en una llanura, contra un adversario cuya caballería doblaba el número de sus escuadrones? ¿Por qué estaba convencido de la victoria?...

(33) Lo prueba el que partiera a campaña sin equipajes y con sólo ocho días de víveres. Y el que se lamentara en el parte del 6 de febrero, de que a pesar de su cautela y sigilo el enemigo se había enterado de sus movimientos.

(34) Los refuerzos que el ejército imperial empieza a recibir desde Austria son una de las razones en que se basa la corte para obligarle a la batalla. Debe batir a Traun antes de que pueda recibir los refuerzos.

(35) En el siglo XVIII la información sobre el enemigo era fácil, además Traun había hecho una exhibición de fuerzas durante todo el día 7.

Estado de los Genes. Brigad. Coron. Jhe. Cora. Com. de Batt. Saxe mai. Ayuda. Capit. Jhen. Aferez, sacrentos, Tambores y Soldados, que an sido muertos y heidos en la Battalla de Campo santo, el dia y noche d. 8 de febr. 1763

tos	Mortales de campo		Brigadie.		Comand. de Batt.		Jhe. Cora.		Comand. de Batt.		Capitan.		Fremen.		Aferez.		Carax.		Tambores y Timbales.		Solda.		Caua.	
	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.	muert.	envid.
Guaxaca	1	1	1	16	2	14	2	38	2	38	2	38	2	38	15	22	1	1	1	1	1	1	1	1
Gu. Salon	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Reina	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Corona	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Guadalaja	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Castilla	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Lombardia	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Flandes	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Chlanda	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Ibernia	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Palma	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Witz	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Perlen	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Ariller	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Ingenie	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Artilleros	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Charg. de Milada	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Cau. de Regu. D's	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Reina	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Reina	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Diago Capunto	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Total	2	2	7	16	12	24	2	83	20	83	15	23	9	40	13	64	11	7	1635	126	219	103		

Salotta.
 Que algunos de los oficiales que se dan por muertos, pueden estar Prisioneros de los que no se tiene noticia.

G. M. 2121

La conducta de Traun, el día 8, antes del comienzo de la batalla, no consigo comprenderla bien. A las ocho de la mañana apareció a la vista del ejército español. Avanzó, desplegando, tan lentamente que a las once y media se encontraba a más de un kilómetro de nuestra artillería, todavía desfilando de flanco. A las dos de la tarde estaba ya desplegado, a distancia tal que permitió empezar «la preparación artillera». Mas aún tardó cerca de dos horas en llegar a tiro de fusil. Hasta cerca de las cuatro de la tarde, cuando quedaban poco más de dos horas de luz, no se encontró en condiciones de entablar combate con un ejército del que por la mañana le separaban dos kilómetros escasos. Y en ese momento fueron primero nuestra caballería y luego nuestra infantería las que iniciaron la lucha. ¿Qué pretendía realmente Traun? ¿Aspiraba con su marcha lentísima a provocar a Gages para que saliese a su encuentro estirando su línea y perdiendo el apoyo de los flancos en el río? ¿Confiaba en hundir nuestra derecha fácilmente con su, teóricamente, potente caballería y alcanzar los puentes a la caída del sol, para que con la oscuridad de la noche le fuese más fácil, y menos costoso, aniquilar al ejército español, puesto en confusión al saber que tenía la retirada cortada? ¿Pensaba jugar únicamente la carta de la caballería y, en previsión de un posible fracaso, quiso estar en condiciones de evitar un combate prolongado a una infantería reunida a toda prisa y también cansada por largas marchas?... Lo que sí parece indudable es que no quiso una batalla de mucha duración. No debía de tener demasiada confianza en la victoria. Y estuvo inspirado, porque si hubiese anticipado el encuentro, con la caballería derrotada a la una de la tarde, pongo por caso, le hubiera costado mucho trabajo salvar a la infantería.

En resumen, hay que llegar a la conclusión de que Traun, a cuya iniciativa se debió la batalla, no tenía de antemano moral de victoria, por las razones dichas, y que en cambio Gages sí que la tenía, puesto que de lo contrario nunca habría aceptado combatir con un río a la espalda.

La victoria de Gages

En su último informe a Campillo, el 20 de febrero, Gages afirmaba que la tropa a sus órdenes «atacó a los enemigos, derrotó su caballería, puso en confusión su infantería, que se contuvo al favor de la noche..., conservamos (sic) toda la noche nuestro campo de batalla»; resultados obtenidos con menos pérdidas y menores efectivos que el contrario. Razones todas ellas concluyentes de la victoria española, aun con la reserva de no conocer exactamente las bajas del adversario. Añádase lo que no dijo, aunque quedaba implícito, *la ruptura del contacto realizada por Traun. Cosa que nunca hace un general victorioso.* La derrota de la caballería fue total. Sus dos jefes, austríaco e italiano, dos tenientes generales, quedaron prisioneros, uno gravemente herido; dos regimientos perdieron sus timbales; de diecinueve escuadrones, ocho se quedaron sin estandartes;

las bajas sufridas tuvieron que ser muy elevadas, acuchillados como fueron en su huida, durante tres kilómetros. Con la noche por delante, además, no debió ser sencillo reunir y volver a formar a los jinetes supervivientes.

Si Traun hubiese ganado la batalla no hubiera podido retirarse nuestro ejército al otro lado del Panaro. Hasta Gages habría corrido peligro de quedar prisionero. No es posible que unas unidades derrotadas crucen un río, situado a su espalda, «a la barba del vencedor» (36).

A Gages le había costado mucha sangre la victoria. Demasiada. Las bajas se aproximaban al treinta por ciento de los efectivos. Se encontraba a dos jornadas de Bolonia. Los víveres se acababan. Había cumplido su objetivo: ganar una batalla; la que fuese. Pensó sin duda que continuar en Camposanto carecía de significado y regresó a sus cuarteles de invierno. Si conocía bien las *Reflexiones Militares* pudo discurrir que en su situación debía acortar el breve plazo que señala Santa Cruz de Mercenado al aconsejar al vencedor:

... no te mantengas en el campo de batalla, ni en sus vecindades, más días que los precisos para tomar posesión de la victoria y despojo (37).

Si la caballería enemiga huye y la infantería contraria rompe el contacto, desapareciendo del terreno de la lucha, poco tiempo es preciso «para tomar posesión de la victoria».

Ahora bien, la victoria de Gages fue una victoria pírrica. Batalla sin más objetivo para él que el combatir por combatir, para cumplir una orden absurda, no le proporcionará ningún beneficio, ni estratégico, ni táctico; por el contrario, las graves pérdidas sufridas debilitarán aún más su ya débil ejército cara a la campaña de 1743 (38). Ganó la batalla para quedar en peor situación que antes. Mas esto no fue culpa de Gages. La culpa fue de la corte madrileña; más concretamente, de Campillo; o de la reina; o de los dos. El concepto de la dirección de la guerra que tenían era exagerado y falso, y en Camposanto se puso de manifiesto.

Al hablar de las recompensas hemos omitido la concesión de un título

(36) «Los que vean la carta [plano], y se hagan cargo de nuestra formación, comprenderán fácilmente, que no pudiendo ceder ni un palmo, por falta de terreno, si hubiese sido batido nuestro Ejército, era preciso que se hubiera echado al río, o quedado prisionero, no habiendo operación más difícil, y arriesgada, que, la de desfilarse sobre dos puentes muy estrechos un Ejército vencido a la barba del Vencedor». SIMANCAS, G. M., leg. 1.115, relación anónima impresa de la batalla.

(37) Libro XIII, capítulo V, pág. 414.

(38) El 17 de marzo el conde de Gages informó: «Que el ejército de su mando consistía en 9.994 infantes y 1.178 hombres de caballería, dragones y húsares, efectivos sobre las armas, según revista hecha a la vuelta del Panaro, y que desde entonces los desertores y muertos pasaban de quinientos, y los reclutas no llegaban a sesenta. Que por relación del día 16 [de marzo] faltaban a lo efectivo 2.009 hombres que había en los hospitales, y convalescientes, con algunos empleados en los equipajes destinados a Macerata». SIMANCAS, G. M., leg. 2.115.

de Navarra al mariscal de campo don Fernando de la Torre y Solís, además del ascenso a teniente general mencionado en la nota 24. Siguiendo la práctica establecida, el agraciado eligió personalmente la denominación de su título, tomando, el 11 de abril, el de marqués de Campo Santo (39).

(39) Simancas, Dirección General del Tesoro, inv. 3, leg. 45.